

ANTONIO CANDELORO, *Javier Marías y el enigma del tiempo*, Murcia, Universidad de Murcia, 2016, 390 págs.

Si la valoración de una obra —y de un autor— se alberga en sus comentarios y acaso esta sea la función de la crítica, puede decirse entonces que la forma en que la literatura pervive es a través de las continuas (re)interpretaciones integradas en el eje diacrónico de nuestra experiencia estética. Así expresaba Kermode esta idea en el anclaje esencial texto-comentario: “Como no tenemos experiencia alguna de un texto venerable que asegure su perpetuidad, podemos decir con sensatez que el medio en el cual sobrevive es el comentario” (Kermode, 1988: 63-64)¹.

Haciéndonos eco de esta reflexión, la labor crítica que Antonio Candeloro despliega en *Javier Marías y el enigma del tiempo* (2016) se orienta en esta dirección interpretativa, con el ánimo de iluminar esos resquicios o “zonas de sombra” benetianos desde la perspectiva de la temporalidad revelada como “enigma” y clave de la literatura de Javier Marías. Siguiendo un criterio cronológico que permite una ordenación sistemática sobre la temporalidad, Candeloro se adentra en los dos polos en que se manifiesta el enigma en la narrativa del escritor madrileño: el tiempo y el lenguaje. De esta manera, ahonda en esa fenomenología del tiempo difícil de disociar de la representación lingüística de la experiencia humana, fraguada a la luz de innumerables hipótesis interpretativas, en razón de “la curiosidad hermenéutica y el estupor metafísico de las varias voces narradoras” (11). Con una visión sagaz sobre el mundo circundante, Candeloro ahonda en la angustia existencia de los narradores de Marías, que sufren las “aporías del tiempo” acrecentadas por la imposibilidad del lenguaje para totalizar axiomáticamente la realidad.

Tiempo y lenguaje establecen una solidaridad indiscutible en el tratamiento del enigma en la narrativa de Javier Marías, hecho que se vislumbra desde *El monarca del tiempo*, la primera novela del escritor. Así pues, la enunciación lingüística en presente dejará de serlo para devanarse en los hilos del pasado, perdiendo su valor absoluto para devenir contingencia o puro azar. Para contrarrestar esa pérdida de la factualidad del lenguaje y sus limitaciones, la literatura se nos ofrece como vivencia de cualquier experiencia temporal.

¹ Frank Kermode, *Formas de atención*, Barcelona, Gedisa, 1988, pp. 63-64.

Candeloro analiza la relación entre presente y verdad, es decir, entre temporalidad y enunciados constatativos, para decirlo en términos pragmáticos. Si la verdad en la obra de Marías es una categoría construida para la ficción y, además carece de una verificabilidad más allá del marco de la enunciación lingüística, su obra se hace eco de la dimensión metafísica inherente a toda experiencia temporal. Más cerca que nunca en este punto de su maestro Juan Benet, Marías logra albergar en su proyecto narrativo una articulación del tiempo como vivencia y experiencia fenomenológica, sensible y sensitiva. El tiempo no puede sino medirse en tanto que conciencia del sujeto que lo percibe, subjetividad de lo incierto que habita en esa alargada sombra de estirpe benetiana. La verdad se suspende; lo absoluto se desplaza por el relativismo epistémico; el saber no es sino incertidumbre o acaso tentativa.

Desde estas premisas puede comprenderse el enigma temporal en *El monarca del tiempo*, que se proyecta en *El siglo*, donde la temporalidad se asocia con la imagen del lago y las incesantes reflexiones del narrador (la voz-río que se perpetuará en el ciclo de Oxford). En el espejo del lago el protagonista Casaldáliga acierta a distinguir las máscaras de sí mismo, sus diferentes “yoes” en una concatenación temporal pasado-presente-futuro. Sumada a la vertiente temporal, la muerte y el destino se alzan como ejes temáticos de la novela a partir de los cuales el narrador se interroga acerca del tiempo. Otros ejes condensa el peso de la herencia sobre nosotros o la contigüidad memoria-olvido que proyectan en la obra una reflexión temporal sobre la arbitrariedad del recuerdo y las veleidades de la memoria. Pero el tiempo —en la estela del siempre admirado Sir Thomas Browne— es en *El siglo* metaliteratura, enigma inextricable que se sirve del lenguaje para ser nombrado, para existir como disquisición eterna de un código de cifrado imposible. ¿Qué decir cuando las palabras ya no dicen más allá de sí mismas, cuando el tiempo —indomeñable— se desparrama en constante fuga? Queda reflexionar en soledad, como hace Casaldáliga, permanecer en un enigma temporal continuo que en *El siglo* comienza a abocetar sus perfiles, cartografías narrativas que se proyectarán en *Negra espalda del tiempo*, *Corazón tan blanco* o *Tu rostro mañana*.

Como bien ha puesto de relieve Candeloro, *El hombre sentimental* marca un punto de inflexión en la narrativa de Javier Marías: no solo porque en ella el escritor se decanta por la opción narrativa de la primera persona, dando cabida a una visión personal e

intransferible de la realidad, sino también porque en esta obra la confusión entre planos temporales viene dada por el anhelo del León de Nápoles de transcribir un sueño, tamizado esta vez por la memoria y por la necesidad de articular la materia onírica como relato. En este sentido, la fragmentación temporal obedece a la lógica del narrador, quien alterna fragmentos evocados con las hipótesis imaginativas, para indagar en el deseo triangular tan cervantino que Candeloro interpreta a partir de la cita de William Hazlitt situada como *incipit* de la novela: “I think myself into love / and I dream myself out of it”, en relación con los personajes shakespereanos, las referencias al *Otello* de Verdi o el nudo entre amor e imaginación.

Pese a las tentativas de Marías por aproximarse al misterio del tiempo, será en *Todas las almas* y en las continuas entregas del ciclo de Oxford, cuando la densidad del enigma temporal se revele en toda su riqueza a partir de “historia de una perturbación” del narrador. El alejamiento físico del narrador, quien se encuentra en Oxford, distanciado por tanto de su existencia junto a Luisa en Madrid, configura una “colección de vértigos temporales” (95). Esa perturbación se acentúa en la novela gracias a la aparición de personajes como Will, el portero, quien es capaz de viajar con la imaginación para situarse en distintos tiempos, o Toby Rylands, quien en el monólogo final reflexiona sobre el devenir de la vida ante la cercanía de su muerte.

Si *Negra espalda del tiempo* ha sido considerada por la crítica como un comentario reflexivo y ensayístico de *Todas las almas*, la fenomenología del tiempo se revela en esta obra en toda su plenitud conforme el lector avanza en sus páginas, descubriendo la historia de Julianín, el hermano del autor, quien murió cuando era niño, como también la hija de Juan Benet y tantos otros que abandonaron el mundo de los vivos dejando tan solo un “hilo de continuidad”. Con gran profundidad analítica, Candeloro pone de relieve la importancia del paratexto de la portada del libro, la negra espalda del pasado y su vínculo factual con el presente a través de los objetos.

Si la voz de este narrador innominado se perpetuará bajo distintos rostros y nombres (Jacques Deza, Iago, Jacobo Deza) en *Tu rostro mañana*, lo hará esta vez para ahondar no solo en el pasado (la negra espalda) sino en los rostros del futuro, dando cabida a la *presciencia* a partir de la entrada del narrador en el MI5 o servicio secreto británico, como un espía cuyo cometido no es sino revelar los rostros del futuro. La escritura digresiva se ofrece en la condensación

y densidad narrativa de los encuentros entre Deza y Peter Wheeler y más adelante entre Deza y su padre. Asimismo, la oscilación presente-pasado se plasma a partir de la rememoración de los dos grandes conflictos bélicos del siglo XX: la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil. La Historia con mayúsculas se refleja en la historia personal de tantos seres que perdieron su vida en la contienda o sufrieron la delación o el chantaje, víctimas del miedo o de la violencia que se proyecta en dos ejes temporales: “las sombras del pasado” y “las incertidumbres del futuro” (245).

El enigma temporal en *Corazón tan blanco* y *Mañana en la batalla piensa en mí* presenta una convergencia desde el planteamiento mismo de ambas novelas: la muerte irrumpe en la vida de los protagonistas quienes, espectadores externos de este suceso, tratan de reconstruir las causas de esas muertes hasta indagar en las vidas ajenas, sumergiéndose en un espeluznante vórtice temporal. Al centrarse en la “interpretación errante” y la “narración digresiva” (137), Candeloro reflexiona en *Corazón tan blanco* sobre la historia del matrimonio y la trama de la historia en claro paralelismo con *Macbeth* de Shakespeare, ahondando en la impunidad de las acciones humanas, el sentido de la tragedia que se perpetúa en el tiempo y se hace inevitable para aquellos que arrastran una culpa ominosa.

En una misma línea temporal de reconstrucción del pasado, *Mañana en la batalla piensa en mí* presenta a Víctor Francés, narrador que se adentrará en la familia de la difunta Marta Téllez para indagar sobre su existencia pretérita. Tras las huellas de las referencias intertextuales shakespearianas (fundamentalmente *Enrique IV*), Candeloro indaga en la dimensión temporal del relato, en la urdimbre de los pensamientos del protagonista, quien se encuentra perturbado entre el presente y las evocaciones, tal como sucede en el paseo por la Castellana en que recuerda a una mujer, en una obsesión por la metamorfosis femenina de Celia en Victoria. Pero esas voces del pasado siempre vuelven, pues Víctor Téllez —de manera semejante a Ranz en *Corazón tan blanco*— se siente acuciado por el yugo de la culpa, por la no confesión de haber estado presente cuando Marta Téllez se despidió del mundo de los vivos. En definitiva, a través de la figura del fantasma, de la fantasía y evocación imaginaria, la existencia del protagonista se debate entre el presente y la rememoración de ese pasado que se rescata como narración, como relato.

En *Los enamoramientos*, será María Dolz quien reflexione sobre los efectos del tiempo a raíz de la muerte de Miguel Deverne. Ella que solo había sido una espectadora externa del matrimonio que ahora se ha roto por la muerte de Miguel, reflexiona con tono existencial sobre la incertidumbre y el azar de la vida frente al misterio de la muerte. La originalidad de la interpretación de Candeloro radica, en este punto, en vincular un hilo de la trama de *Los enamoramientos* con la historia del curioso impertinente (capítulos XXXIII-XXXV) intercalada en el primer *Quijote*. Se trata de una lectura cervantina a partir del motivo del “pacto” entre los dos amigos: Anselmo y Lotario en lo concerniente a Cervantes, y Miguel Deverne y Javier Díaz-Varela en el caso de Marías. En el devenir de la novela, Candeloro ha destacado el diálogo imaginario de María Dolz, capaz de figurarse los pensamientos de otros personajes como Deverne o Luisa. El vértigo temporal en esta novela se acentúa a raíz del motivo de los muertos que regresan, como se relata en *Le Coronel Chabert* (1844), una *nouvelle* de Honoré de Balzac, cuya historia Javier cuenta a María a raíz del enamoramiento, y que Dolz asumirá con ironía trágica en esa vinculación entre amor y tiempo a partir de las referencias literarias intertextuales en Shakespeare (la idea de morir un poco más tarde en *Macbeth*), Dumas (la arbitrariedad de recuerdo y olvido, del vínculo entre vivos y muertos a partir de la historia que Athos cuenta a D'Artagnan en *Les trois mousquetaires*) o Rilke (el prelude del desenlace fatal de la novela por la ocultación del destino de los amantes en *Elegías de Duino*).

Si el lector atento indaga y reflexiona con hondura en la lúcida interpretación que Candeloro ha realizado en esta obra, puede advertir que todas las líneas surcadas en el proyecto narrativo de Javier Marías vienen a converger en la que hasta ahora es su última novela publicada: *Así empieza lo malo* (2014). El enigma temporal se revela —que no desvela— en la superposición y cruce de distintos planos temporales: pasado y presente, pero también el de la Historia social, política y cultural de la España de la movida en el Madrid de los ochenta con la historia privada (intrahistoria) de Juan de Vere, quien se instaló en la casa y en la vida del cineasta Eduardo Muriel y su mujer Beatriz Noguera para realizar unas labores de traducción y que a través de su relato, trata de reconstruir y evocar lo vivido. De esta manera la identidad del “yo” oscila entre la narración de los hechos pasados —un yo en la neblina que se desdibuja por la lejanía temporal— frente al “yo” del presente que escribe para dar testimonio.

Si bien *Así empieza lo malo* es la novela de Marías donde reverberan con mayor pujanza los ecos proustianos, la distancia entre el autor de *La Recherche* y el novelista madrileño es abismal: si la obra de Proust atesora un esfuerzo titánico por recobrar el tiempo, para Marías el pasado deviene irrecuperable. Si el tiempo pretérito es irremisible, también el futuro se escurre entre los dedos: no se puede apresar más que como tiempo condicionado por las acciones humanas. Además de perseguir las huellas shakespereanas, Candeloro acierta al trazar toda una red de referencias culturales y literarias para indagar en el rumor y la fama: su vínculo desde la *Eneida* de Virgilio, la *Comedia* de Dante, *El sueño de Escipión* de Cicerón y *The House of Fame* de Geoffrey Chaucer. El tiempo de la muerte, que impregna las páginas finales de la novela, se refleja en la mirada interpretativa de Juan de Vere, quien introduce en la novela una reflexión sobre el tiempo de los vivos y los muertos, persiguiendo los fantasmas de nuestro pasado que se proyectan sobre nuestro presente, como los lazos consanguíneos de Beatriz Noguera y su hija Susana. En ese hermoso *memento mori* con que se cierra la obra se pone de relieve la tragedia de Beatriz Noguera.

En síntesis, la dimensión temporal —que nos define, determina y limita— adquiere en la narrativa de Javier Marías un protagonismo esencial, ya sea bajo la forma del enigma, el azar o la incertidumbre. Si somos tiempo, la literatura —el arte temporal adalid de la palabra— ofrece un espacio que deviene espejo de la existencia humana. Con una prosa ensayística que invita a la reflexión, Antonio Candeloro ha logrado captar en este libro una mirada crítica, aguda y siempre despierta sobre la narrativa de uno de los escritores más lúcidos de las letras hispánicas de nuestro presente.

CARMEN MARÍA LÓPEZ LÓPEZ
Universidad de Murcia